

SOBRE LA TRANSFORMACIÓN LOGOTECTÓNICA DE “EDIFICAR, HABITAR, PENSAR”

ON THE LOGOTECNIC TRANSFORMATION OF “BUILD, DWELL, THINK”

Martín Zubiria¹

Universidad Nacional de Cuyo, CONICET

Recibido: 26-12-15

Aceptado: 17-1-16

Resumen

Una doctrina filosófica completamente autónoma, denominada “Logotectónica”, se ha desplegado durante los últimos cuarenta años, de un modo tan coherente como silencioso. Su punto de partida reside en la recolección heideggeriana y ha sido capaz de mostrar, en relación con la misma, en qué medida esta “Besinnung” pudo ser transformada de manera productiva. Nos proponemos reflexionar sobre el modo en que la “Logotectónica” supo asimilar, como una tarea de la razón lo pensado por Heidegger en su conferencia “Edificar, habitar, pensar”.

Palabras clave: metafísica; sabiduría; Heidegger; H. Boeder

Abstract

An entirely autonomous philosophical doctrine, which is named “logotectonic”, has been deployed over the last forty years, as much consistently as quiet. She found her starting point in Heidegger’s recollection and she was able to show in connection with her, to what extent that “Besinnung” could be productively transformed. We intent to reflect, how the “Logotectonic” understand to assimilate as a task of the reason, what has been thought in Heideggers lecture “Bauen Wohnen Denken”.

Key Words: Metaphysics; Wisdom; Heidegger; H. Boeder

1. (martinzubiria.t@gmail.com) Universidad Nacional de Cuyo, CONICET. Ha publicado recientemente Martín Zubiria / Marcus Brainard (eds.), Heribert Boeder, *Die Letzte Epoche der Philosophie in ihrer Kern-Phase*, Duncker & Humblot, Berlin 2016, Reihe: “Begriff und Konkretion”, Bd. 4.

El pensamiento característico de nuestro tiempo, el de la “Submodernidad” para decirlo con un libro no por ignorado menos esclarecedor acerca de la tectónica de la filosofía actual,² ha cerrado el círculo de sus tareas. En las tres dimensiones del pensamiento submoderno, la anárquica,³ la estructuralista y la de la analítica del lenguaje, los parámetros de lo cotidiano, ya determinantes para la “Modernidad en sentido singular” [*Moderne*], al menos dentro de ciertos límites, acabaron por imponerse y por ello la comprensión “submoderna” del hombre responde a los dictados de la conciencia inmediata. Por otra parte, el culto submoderno de una libertad literalmente “anárquica” y la defensa consiguiente de un pluralismo radical afianzan por doquier la dictadura de lo cotidiano, que repele el saber de nuestra *Historia* filosófica e incluso la meditación del *Mundo* de la “Modernidad en sentido singular”.

Esto acarreó la pérdida del presente concebido como un todo determinado por una crisis decisiva. La Submodernidad lo conoce sólo en la forma del “ahora” (*nunc*), o del “hoy”, fuente inagotable de representaciones pero incompatible con el *pensar*, al menos, con uno que se reconoció a sí mismo como “esencial”. Es por ello que la Submodernidad obtura antes que abre las vías de acceso a la meditación heideggeriana. Los pretendidos “diálogos” con esta ignoran que se ha desplegado con la consistencia “lógica” de una obra unitaria;⁴ y lo ignoran en la medida en que parecen vivir sólo de aquellas formas accidentales del pensamiento que Hegel califica de “ocurrencias” (*Einfälle*).

Pero he aquí que en la vecindad de la Submodernidad, y avanzando por un camino enteramente apartado de la huella de los mortales, se ha manifestado un pensamiento que, habiendo acogido con sosiego la palabra de Heidegger, ha sabido fundar desde ella el don de un presente que, sin ser el de la ciencia, es ya un saber.⁵ ¿De qué pensamiento se trata? De uno que, dándose a sí mismo el nombre de “logotectónico”⁶ representa una novedad de tanto peso que sería desatino querer mantenerla oculta bajo

2. Boeder, H., *Die Installationen der Submoderne. Zur Tektonik der heutigen Philosophie* [Las instalaciones de la Submodernidad. Acerca de la tectónica de la filosofía actual]. Würzburg 2006 (Orbis Phaenomenologicus, Studien 15).

3. Expuesta por primera vez en Boeder, H. *Seditions. Heidegger and the Limit of Modernity* Transl., ed. and with an introd. by Marcus Brainard, New York 1997, 227-239.

4. Cf. Boeder, H., *Das Vernunft-Gefüge der Moderne* [La arquitectónica racional de la modernidad]. Friburgo/Munich, Alber, 1988.

5. Cfr. Boeder, H., “Was vollbringt die Erste Philosophie?” [¿Qué consuma la filosofía primera?] en: *Mitteilungen der Technischen Universität Braunschweig* VII, n° 3 (1973), pp. 3-10.

6. Cf. Boeder, H., “Logotektonisch Denken” [Pensar logotectómicamente], *Sapientia* (1998), pp. 15-24.

el celemín. Así lo veremos a partir de “Edificar, habitar, pensar”.⁷ Tres formas capitales del obrar humano que nos permitirán ver cómo la meditación heideggeriana hace posible la renovación de la visión filosófica de “lo que es”.

¿En qué términos llevó a cabo Heidegger su *intento pensante* (*Denkversuch*, 139; GA, 147) con la tríada de “edificar, habitar y pensar” desde una determinación esencial común a los tres términos? Habrá que exponerlo para poder considerar luego su transformación “logotectónica”. Ello mostrará en qué medida la cuestión de que se trata rebasa el marco de una consideración meramente particular.

I

La conferencia “Edificar, habitar, pensar” integra el volumen de las *Conferencias y artículos*, aparecido en 1954. Los textos que abarca, bajo un título tan recatado que poco o nada dice de la relevancia del libro, están distribuidos, según un plan bien meditado, en tres secciones: la primera abarca los escritos referidos al *final* de la Metafísica y, por ende, al presente histórico; la última mira hacia el *principio* de la Metafísica y, por ende, a *lo que es* en la figura de lo ya sido; la central, en cambio, está dedicada al ser del hombre en el *otro* comienzo, esto es, en el tiempo venidero. A esta sección pertenece la conferencia “Edificar, habitar, pensar”, situada, de manera harto elocuente, en el corazón mismo del volumen, cuyo prefacio contiene la siguiente cautela: “Un autor, supuesto que lo fuese, nada tendría que expresar, nada que comunicar. No debería ni querer estimular siquiera, porque los que estimulan ya están seguros de su saber. Un autor que avanza por caminos del pensar sólo puede, en el mejor de los casos, señalar, ...”.

Señalar, ¿hacia qué o hacia dónde? Hacia “lo que da de pensar”, hacia lo que a este se le ofrece como “su cosa propia” (*das Bedenkliche*), aquello “con lo que tiene que habérselas” (*das Zu-bedenkende*). Sólo por este motivo Heidegger apela a la tríada “edificar, habitar, *pensar*”, en la que este último término es comprendido desde los otros dos, el “edificar” y el “habitar”, por eso no se pregunta esta vez “¿Qué significa (o qué es) pensar”, sino sólo: “1. ¿Qué es el habitar? 2. ¿En qué medida pertenece el edificar en el habitar?” (139; GA 7, 147).

No se pregunta pues por una tesis filosófica, ni por una proposición metafísica ni por ninguno de los objetos consabidos de la reflexión que se

7. En: *Vorträge und Aufsätze*, Pfullingen ⁴1978; GA 7.

entiende a sí misma como tarea científica. Lo que reclama la concentración del pensar son dos actividades humanas aparentemente irrelevantes para el pensar mismo y ajenas a toda determinación específica, porque no se las considera bajo un cierto aspecto particular ni tampoco en relación con la “esencia de la técnica”, con su hegemonía planetaria. El presente “intento del pensar” sólo pretende retrotraer *el edificar y el habitar* hacia un ámbito “al que pertenece todo lo que *es*”. ¿Cómo pensar el “ser” de tal ámbito, supuesto que todo lo que es le perteneciese?

Por lo que atañe al *habitar*, siendo el edificar su condición inmediata, es claro que no se limita a “poseer un alojamiento” (ibíd.), porque el conjunto íntegro del quehacer humano pertenece de un modo u otro al habitar humano (140; GA 7, 147). Y sería grave incompreensión ver en el edificar y el habitar dos actividades independientes sólo religadas de un modo “lógico” por categorías como las de “fin” y “medios”; ello ocultaría unas “relaciones esenciales” que sólo el lenguaje y no la conciencia ni decisión humana alguna pueden iluminar. “La palabra de aliento acerca de la naturaleza de una cosa nos viene del lenguaje”, porque para la razón *apocalíptica*, debido a su misma “modernidad”, la esencia de una cosa no estriba en el *saber* de una ciencia filosófica, sino en una “palabra de aliento” (*Zuspruch*).

En este contexto aparece, privada de toda *fundamentación*, una expresión inaudita que, no por renunciar a toda pretensión de cientificidad debe dejar de ser reconocida en lo que tiene de *pensado*: “El hombre se comporta como si fuese él el forjador y el maestro del lenguaje, mientras que, por el contrario, es este el señor (el amo) del hombre” (140; GA 7, 148). En esta sentencia, que parece apartarse de la relación recíproca entre el Ser y el ser del hombre señalada por Heidegger con tanta insistencia en otros escritos, la *modernidad* de su meditación alcanza una gravedad manifiesta.⁸

Y que este imperio originario del Lenguaje sobre el ser del hombre es algo esencialmente bueno, o *lo que debe ser*, se desprende con claridad de lo que Heidegger añade a continuación: “Acaso sea, por sobre todo lo demás, la inversión, impulsada *por el hombre*, de esta relación de dominio, lo que empuja su ser hacia lo que jamás podría acogerlo en el sentido del habitar [*das Unheimische*]”.

Esto último, hacia donde el ser del hombre se ve apremiado sin cesar, aquello que jamás podría acogerlo en el sentido del habitar, es para

8. El juicio de la Metafísica en esta materia es completamente diferente. Platón lo expresa de manera ejemplar: “no somos nosotros los servidores de nuestros discursos; al contrario, los discursos son como criados nuestros...” (*Teeteto*, 173 c). Y también Fichte, por atenernos sólo a él, en el ámbito de la Última Época: “Libertad con respecto al lenguaje. [...] Algunos explican las palabras a partir del uso del lenguaje, como si el lenguaje fuese nuestro legislador y maestro” (*Institutiones omnis philosophiae* 1805, en: GA I/9, 153).

un pensar concentrado sobre el ser del lenguaje lo único que, en rigor, lo determina. No es pues la independencia de la investigación libre o “desinteresada”, sino la violencia inescrutable de una urgencia histórica [*geschichtliche Not*] lo que mantiene en vilo la meditación sobre el habitar.

Tan pronto como “edificar” y “habitar” son pensados no como “conceptos” definibles en el sentido de la ciencia, sino como “configuraciones verbales” [*Sprachbildungen*] cuyo “qué” sólo puede descubrirse desde el lenguaje mismo, se impone la siguiente observación: “la palabra del antiguo alto alemán para ‘edificar’, ‘*buan*’, significa ‘habitar’”; esa misma palabra nos hace una seña que nos permite descubrir la índole del “habitar designado por ella” (141; GA 7, 148), pues con las formas del verbo *bauen*, *buan*: *bhu*, *beo*, se hallan íntimamente emparentadas la del verbo *sein* (ser): *bin* (soy), *bist* (eres). El *Diccionario Alemán* de los hermanos Grimm observa al respecto: “*ich bin*, en antiguo alto alemán *pim*, significa originariamente he edificado = habito, *maneo*, *existo*. <...> la abstracción del ser se deriva de la representación sensible del habitar, <...> acerca del parentesco estrecho entre edificar [*bauen*, gr. οἰκῆν, ἐνοικῆν] y ser no hay la menor duda.” Así también lo corrobora Friedrich Kluge.⁹ *Ser* hombre, si se presta atención al ser del lenguaje, significa *habitar*.

El edificar, en cuanto realización del habitar, se muestra bajo dos modos diferentes: “edificar como cultivar, en latín *colere*, *cultura*, y edificar en el sentido de levantar un edificio, *aedificare*” (141; GA 7, 149). Estos significados se imponen al originario “habitar”, que pronto “cae en el olvido”. Y ello por ninguna otra razón fuera de la de hallarse esencialmente vinculado con el Ser y, por lo mismo, con el ser del hombre. A causa de lo cual, “el habitar deja de ser comprendido como el ser del hombre; ya no se lo piensa más como el rasgo fundamental del ser hombre” (142; GA 7, 149s.).

Estamos ante un suceso de carácter destinal [*geschicklich*] donde no es el hombre, sino el Lenguaje mismo quien “por así decir, revoca el significado propio de la palabra ‘edificar’, el habitar. <...> El misterio de este suceso apenas si ha sido pensado por el hombre. El lenguaje sustrae al hombre su hablar simple y elevado” (142; GA 150). Pero entonces, este obrar *del Lenguaje mismo*, este sustraer y revocar, ¿es ajeno a la alteración de la relación originaria entre “Lenguaje” y “hombre”, en cuanto “*impulsa-da por el hombre*”? (140; GA 7, 148; subr. nuestro).

La pregunta por el *habitar* conduce hacia el edificar. Pero edificar significa, en sentido propio, “habitar”. ¿Cómo salir de este círculo? ¿En qué consiste la esencia del *habitar*? Según los testimonios más antiguos signi-

9. *Etymologisches Wörterbuch der deutschen Sprache*, bearbeitet von Elmar Seebold, 23. erweiterte Auflage, De Gruyter, Berlin / New York 1995.

fica “permanecer”, “detenerse”, “perseverar” (lat. *sedem haberi, morari*). Pero también “haber alcanzado la paz”, “permanecer en ella” (143; GA 7, 151). La palabra “paz” <Friede>, que es “lo libre” <Freie>, ilumina el significado esencial de “habitar”: “Freien [pedir en matrimonio, acción propia de un “Freier”, un hombre libre] significa en rigor “cuidar”, “tratar con consideración”; el verdadero cuidar se realiza “cuando dejamos algo, ya de antemano, confiado a su esencia. <...> *El rasgo fundamental del habitar es este cuidar*” (ibid.).¹⁰

Según su condición mundanal, el *habitar* es interpretado así como un hallarse en el Cuadrante de tierra y cielo, de divinos y mortales. “Los mortales, al habitar, cuidan el Cuadrante en su ser. En consonancia con ello el cuidar ‘habitante’ es cuádruple” (144; GA 7, 152). “En el acto de salvar la tierra, de recibir el cielo, de aguardar a los divinos, de conducir a los mortales acontece el habitar como un cuádruple cuidar el Cuadrante. Cuidar significa: proteger el Cuadrante en su esencia. Lo que se toma en protección ha de ser amparado” (145; GA 7, 153). Pero ¿“dónde”? ¿Dónde se preserva la esencia del habitar que cuida el Cuadrante? La respuesta de Heidegger a esta pregunta se limita a tres palabras: “en las cosas”.

“<...> la estancia junto a las cosas es el único modo en que la cuádruple estadia en el Cuadrante se consuma en cada caso de manera unitaria.” (ibid.). Pero el cuidar con toda consideración las cosas sujetas a crecimiento y la edificación de aquellas que no crecen, es el edificar en sentido propio. Si ya quedó establecido que edificar significa, en rigor, habitar, ahora debemos advertir que, a la inversa, “*el habitar*, en tanto preserva el Cuadrante en las cosas es, siendo este preservar, *un edificar*” (146; GA 7, 153). Habrá que precisar pues cómo el edificar, pensado a partir de la esencia del habitar, es un “erigir cosas” (ibid.).

El ejemplo del puente muestra que la cosa edificada, en lugar de limitarse a ser un bien útil, se resuelve en un obrar mundanal de múltiples aspectos. Pero esta cosa no es la de la conciencia, no es, para decirlo con la *Fenomenología del espíritu*, un “sustrato de muchas propiedades” ni una relación a partir de cuyo análisis la conciencia se vuelve entendimiento. Si la cosa conocida por la filosofía era un ente determinado por el saber en orden al saber mismo, esta otra, hacia la que se vuelve la meditación mundanal de Heidegger, posee una naturaleza completamente diferente.

10. No es posible ignorar que Heidegger, al subrayar el aspecto del “cuidar” o “tratar con consideración” (*schonen*), descuida el sentido originario de “habitar” (“hallarse bien o a gusto en un lugar”), que tanto los Grimm como Kluge ven en “gustar(me)”, “desear”, “anhelar”, “amar”. Según el diccionario de los Grimm, el verbo “*wohnen, habitare*”, acentúa el aspecto de lo grato, de lo sosegado. Por donde en el lenguaje de la mística pudo volverse un término que designa el ‘hallarse en paz’, el ‘habitar en Dios’.”

Es pensada a partir de toda la riqueza de un obrar mundanal que, lejos de limitarse a relacionar cosas y hombres, los reúne en torno a sí.

La cosa es pues un reunir, y lo reunido por ella es propiamente el Cuadrante: tierra y cielo, los divinos y los mortales. Como reunión del Cuadrante, lo edificado, esto es, lo erigido desde la esencia del habitar, es, a la luz del lenguaje, una *cosa*. La antigua palabra germánica “*thing*” significa precisamente “reunión”, lo mismo que, según la comprensión *unilateral* de Heidegger,¹¹ la palabra griega λόγος.

La cosa edificada, al reunir el Cuadrante, le concede también un sitio. Pero entonces es ella misma un lugar. La cosa funda, allí donde se halle, un lugar, que en modo alguno la precede. Como tampoco la precede el espacio; un espacio que, no siendo pensado conceptualmente como un *a priori*, es concedido de manera mundanal por la cosa en cuanto lugar. No de la abstracción “del” espacio, sino de la concreción de los lugares, esto es, de lo edificado, reciben los espacios su esencia (cf. 149; GA 7, 156).

Esta relación rigurosamente pensada entre lugar y espacio, ajena a toda Física especulativa, brinda un asidero “para pensar la relación entre hombre y espacio” (151; GA 7, 158). Espacio como un todo ordenado de múltiples maneras que ofrece a las cosas y al hombre su lugar respectivo y no como lo simple de un vacío homogéneo.¹²

Hombre y espacio no se hallan separados, cada cual por sí. Allí donde hay un hombre que existe de manera humana y que, por ende, *habita*, hay ya desde siempre un detenerse en el Cuadrante junto a las cosas. E incluso entonces, “cuando nos comportamos en relación con cosas que no se hallan en una cercanía inmediata, nos atenemos a las cosas mismas” (151; GA 7, 159). El habitar pensado de manera esencial se revela pues como “la relación entre hombre y espacio” (152; GA 160).

La cosa en cuanto edificada y por lo mismo en cuanto lugar, “acoge el Cuadrante” y es así una protección [*Hut*] del mismo o, como lo dice ya la palabra, una “casa” [*Huis, Haus*] (153; GA 160). Cosas del género de tales lugares brindan a la estada de los hombres un morar; son moradas, sin ser ya por ello habitaciones en sentido estricto. Mediante ellas se preserva el Cuadrante; lo cuidan según el modo que les es peculiar. El cuádruple

11. Cf. Boeder, H., “Der frühgriechische Wortgebrauch von *Logos* und *Aletheia*” [El uso griego temprano de las palabras *Logos* y *Aletheia*], *Archiv für Begriffsgeschichte* 4 (1959), pp. 82-112. Reimpreso en: Boeder, H., *Das Bauzeug der Geschichte [= BG]. Aufsätze und Vorträge zur griechischen und mittelalterlichen Philosophie* [El armazón de la historia. Artículos y conferencias sobre filosofía griega y medieval], ed. G. Meier. Würzburg, Königshausen & Neumann, 1994, pp. 1-30.

12. Cf. *Ser y tiempo*, §§ 102-113.

cuidar el Cuadrante – salvar la tierra, recibir el cielo, aguardar los divinos, conducir los mortales – “es la esencia simple del habitar” (153; GA 161).

Este edificar o erigir cosas, que en rigor son lugares, es “un modo extraordinario de hacer habitar” (ibid.). En ello consiste la esencia del edificar, que se realiza cabalmente como un producir (en griego *τίκτω, τέχνη*). “... Sólo cuando somos capaces de habitar, podemos edificar” (155; GA 7, 162). “...El habitar, empero, es el rasgo fundamental del Ser, en virtud del cual los mortales son.” (155; GA 163). Pero no sólo el edificar, también el *pensar* pertenece al habitar. “Edificar y pensar son en cada caso y según su propia índole indispensables para el habitar. Ambos son empero insuficientes para el habitar, en tanto cada cual por sí se aplica a lo propio, en lugar de escucharse mutuamente.” (156; GA 7, 163).

La respuesta a una última pregunta: “¿Cómo <...> pueden los mortales <...> por sí mismos llevar el habitar a la plenitud de su esencia?” cierra la conferencia: “Tal hacen cuando edifican a partir del habitar y para el habitar piensan.” (156; GA 7, 164).

II

El carácter eminentemente “moderno” de la reflexión que acabamos de referir, se advierte ya en su profundo silencio ante el modo en que nuestra tradición ha considerado el habitar en toda su plenitud y según sus diferencias históricas, por de pronto en el ámbito de la palabra poética, ya desde Homero y en particular en la *Odisea*. Es verdad que la Filosofía, por su parte, apenas si ha preguntado por el habitar, salvo algunas pocas excepciones (cabría pensar en la Estoa, por ejemplo), pero sí conoce bien una cuestión estrechamente vinculada con el *habitar*, la del mejor modo de vida para el hombre, pregunta que sólo quiere ser respondida según el “juicio del concepto” (Hegel) y por ende en el sentido de la diferencia entre condena y alabanza. Y ello según una norma racional que para la Modernidad en sentido singular resulta inconcebible.

Aun cuando las preguntas que abren la conferencia se formulan de un modo tan inmediato que provocan la impresión de lo infundado, pronto se muestra a las claras su sentido. Se trata, en rigor, de poner de manifiesto el ser o la destinación del hombre, tal como ha de pensárselo a partir de la pregunta por el Ser. Ser que, por su parte, “necesita” del hombre para su propio manifestarse. Él es la cosa propia acerca de cuya destinación el pensar esencial ha de preguntar sin desmayo. Preguntar no como Agustín,

por “Deus et anima”, sino por “el Ser y el hombre”; este es el todo donde lo pensado en la conferencia “Edificar, habitar, pensar” hunde sus raíces.

¿Y en qué sentido cabe hablar en relación con ello de una *transformación*? ¿Cuál es la necesidad que la determina? No una falencia de lo pensado por cierto, sino el haber avistado su límite o, mejor, su barrera.

El trabajo ciclópeo, una διέξοδος διὰ πάντων, que hizo posible esto último, comenzó para Heribert Boeder († 2013) con una investigación sobre el uso griego arcaico de las palabras λόγος y ἀλήθεια,¹³ investigación que tocaba el corazón mismo de la meditación heideggeriana y que, contra toda previsión, puso al descubierto unas diferencias sorprendentes entre lo que revelaban las fuentes literarias griegas y el modo en que Heidegger, por su parte, interpretaba ambas palabras. En consonancia con el tenor rigurosamente filológico, en apariencia, de su investigación, Boeder, en lugar de señalar tales diferencias se limita a dejar que el trabajo hable por sí solo. Este muestra que si Heidegger entiende λόγος esencialmente como “(re)colección” [*Sammlung*], entonces omite un aspecto decisivo del λόγος griego, conviene a saber, el diferenciar (κρινεῖν), puesto que ningún λέγειν es posible sin un delimitar y un discernir previos. Y cuando Heidegger interpreta la ἀλήθεια como “la desocultación del ente”, la investigación muestra que la ἀλήθεια, según la comprensión griega, supone en todos los casos la mediación del λόγος y, por ende, la de la razón. Diferencias de semejante calibre en tal materia, crucial para la meditación heideggeriana, no podían sino arrastrar consigo graves consecuencias.

Así lo mostró ya una investigación destinada a verificar, a partir de una lectura cuidadosa de las fuentes, la tesis heideggeriana según la cual el ser del ente ha sido desde el comienzo platónico y hasta en el final nietzscheano la cosa propiamente dicha de toda filosofía. El trabajo comprobó, contra la tenacidad de la opinión pública académica, que la Metafísica aristotélica no admite ser concebida como una Ontología, puesto que no es una “teoría general del ser del ente”, ni tampoco como un saber mixto, ontológico y teológico a la vez. Para la “filosofía primera”, el “ser del ente” no es el fundamento sino sólo el comienzo metódico de un movimiento único de diferenciaciones progresivas que conduce hacia un ente absolutamente real y determinado como “lo perfecto”. Sobre esta cuestión Boeder reflexiona en sus últimos años en estos términos: “Aristóteles no conoce ninguna Ontología, cosa que Heidegger siempre insiste en suponer. Este es el πρότον ψεῦδος, el error primero en el pensamiento heideggeriano. Como meta del pensar sólo conoce Aristóteles el pensamiento que tiene razón para permanecer cabe sí mismo. Cabe sí mismo, puesto que cabe lo óptimo. Esto es de una enorme importancia para comprender el propósito

13. Cf. supra nota 11.

de Aristóteles y el de la Metafísica entera. El propósito es lo óptimo, no el ente. Lo óptimo es lo concebido de manera pura o el concepto puro.”¹⁴ En este sentido cabría hablar de la tragedia inherente a la interpretación de la doctrina de Parménides, cuyo “ente” es siempre presentado como “uno” e “inmóvil”, e incluso como “eterno”, sin que jamás se le haga justicia a su condición de “perfecto” (τετελεσμένον), como si este predicado fuese un mero *epitheton ornans*.

Pero hay más, porque la pregunta boederiana de “¿Por qué motivo ‘ser del ente?’”¹⁵ permitió descubrir que sólo en la posición de Plotino y a partir de ella el “ser del ente” se instala en el centro del preguntar filosófico. Boeder pudo mostrar fehacientemente cuál es la causa de tal “fenómeno”, a lo largo de una secuencia histórica que en sentido retrospectivo va desde la posición del Aquinate hasta Plotino, pasando por el *Liber de causis*, las doctrinas del Pseudo Dionisio y las de Proclo. Sólo en la “Época Media”, sólo allí donde el “esse” es pensado por el *Liber de causis* como “*prima rerum creatarum*”, la pregunta por el ser del ente obedece a un sentido histórico y sistemático a la vez. Pero ya en la Época Última, si uno se atiene a quienes de manera creadora supieron promover la causa del saber metafísico, la cuestión del ser del ente y la de la Ontología brillan por su ausencia.

El propósito de la investigación mentada no respondía, sin embargo, a un interés historiográfico y su resultado no podía limitarse a una mera rectificación del juicio histórico. En lugar de ello se imponía un examen del núcleo de la meditación heideggeriana, de lo que comenzaba a perfilarse con nitidez como sus límites.

Si la pregunta por el ser del ente pierde su condición de pregunta rectora de la Metafísica, no siendo el mentado “ser del ente” su cosa única, entonces la historia de la Metafísica pensada como la del olvido creciente del Ser en virtud de una “misión” [*Geschick*] originaria carece de asidero. El *continuum* occidental, el gran curso histórico de una reflexión filosófica que piensa siempre “lo mismo”, desde su comienzo platónico y hasta su agotamiento en la posición nietzscheana, se ve reducido a una representación que no por repetida resulta verdadera.

De este modo comenzó el pensar boederiano a concentrarse en la *diferencia* de los principios históricos de la Metafísica hasta disolver completamente la representación del *continuum*. En la intelección parmenídea, lo mismo que en la de Plotino y en la de Kant, fue posible reconocer

14. En una entrevista inédita que H. Boeder concedió a sus alumnos chinos Huang Shuishi y Xie Xiaochuan.

15. Boeder “Weshalb ‘Sein des Seienden?’” en: *Philosophisches Jahrbuch im Auftrag der Görres-Gesellschaft* 78 (1971), pp. 111-133. Reimpreso en el vol. citado *supra*, nota 11.

otros tantos *principios históricos* del pensar y, en relación con ellos, tareas epocales cumplidas cabalmente en el *sistema* de una ciencia filosófica autónoma: la aristotélica, la tomásica, la hegeliana. Las diferencias históricas que en cada caso las determinan se corresponden con una *transformación histórica del sentido de “ser”*. Porque la interpretación heideggeriana de tal sentido como “estar presente” [*Anwesensein*] sólo se sustenta en la Época “griega” o Primera, mientras que en la Época Media “ser” significa, en rigor, “ser dado” [*Gegebensein*] y en la Época “moderna” o Última, “ser puesto” [*Gesetzsein*]. Pronto la historia filosófica pensada a la luz del reconocimiento de sus “cortes” epocales se mostró como una historia “cerrada”. Frente a ella, la *opinio communis* defensora de una historia filosófica inmortal como las nubes, llamada a prolongarse *ad infinitum*, sólo tiene la consistencia que uno esté dispuesto a reconocer al sentido común.

Pero una historia de la Metafísica que se cerró por haber cumplido con su destino y se ha vuelto inmóvil, permite diferenciar y articular como “lugares” (τόποι) las posiciones que la integran. Así lo mostró en 1980 una nunca antes vista *Topología de la Metafísica*, aquel libro de Boeder, fruto maduro de muchas lecciones y seminarios, llamado a revolucionar una larga serie de clichés de la literatura filosófica al uso. Él muestra que una Metafísica inmóvil, lejos de ser un saber “muerto”, como la alquimia, se halla liberada del presente inmediato y es inaccesible a toda violencia que quiera hacérsele en nombre de un futuro que no llega o de un pasado transfigurador.

La historia cerrada de la Metafísica es la de unas tareas epocales diferenciadas e igualmente *libres*, que no es posible subordinar a ningún “desarrollo”, parejas en autonomía y en dignidad. El todo de la historia edificada logotectónicamente muestra, en contra del difundido “continuar histórico”, tres Épocas igualmente “perfectas”. “Esto difiere absolutamente del modo hegeliano de considerar las cosas. También él hace surgir diferencias, pero en tal caso se trata de diferencias dentro de lo mismo”.¹⁶

¿Cómo hemos de considerar entonces la filosofía *poshistórica* en su despliegue moderno y propio? Como una meditación [*Besinnung*], y no como filosofía (!) alguna, cuyo núcleo está integrado por las posiciones de Nietzsche, de Marx y del propio Heidegger. El pensamiento radicalmente “moderno” de estas consiste en apartarse de manera decidida del todo de la tradición metafísica. Así la meditación heideggeriana, lejos de hallarse en un lugar único y solitario, en la linde entre esa tradición y el pensamiento venidero, se integra junto con la de Marx y la de Nietzsche en el despliegue

16. Boeder, cf. supra nota 14.

de una razón *apocalíptica* que rechaza la realidad de todo *principio* de naturaleza teológica.

En relación con la decisión de ver en el Lenguaje el “amo del hombre”, es fácil advertir que ni Marx ni Nietzsche habrían podido suscribirla, porque ambos conocen un *amo* en cada caso diferente: Nietzsche, el Mundo (v. su *Zarathustra*) y Marx, la Historia (v. su *Capital*). Precisamente “Historia”, “Mundo” y “Lenguaje” son las tres totalidades en que se articula la meditación de la “Modernidad en sentido singular” [*Moderne*]. Si dentro de su estructura inteligible no cabe asignar al pensar heideggeriano una posición excéntrica, ello no impide que el mismo permanezca *amparado* en ese mundo, puesto que reconocido en la totalidad de su despliegue, en lugar de verse desgarrado por la crítica erudita que lo aplanan en el juego sin fin de las “corrientes” y las “escuelas”.

III

Edificar, habitar, pensar, son tres actividades captadas por Heidegger según su determinación *mundanal*, como características del ser del hombre en cuanto mortal: aquellas que, para consumir su esencia, está llamado a realizar sobre esta tierra. Pero tan pronto como el pensamiento logotectónico se hace cargo de ellas, pierden su impronta mundanal y en lugar de su determinación antropológica se presentan como un asunto de naturaleza estrictamente racional. En ello consiste, brevemente dicho, su transformación logotectónica.

El despliegue del edificar mundanal como habitar – por un lado el edificar que “cuida” [*pflegt*] el crecimiento, y por otro el que erige edificios (150) – se refleja en el edificar pensante de la Logotectónica, destinado a “cuidar” de tal modo la plenitud de cuanto representa en la filosofía una diferencia decisiva, que cada posición de la totalidad de lo pensado es expuesta como digna del debido reconocimiento y mantenida en su verdad, al margen de los ejercicios que suele realizar con ellas la reflexión, sea en sentido “crítico” o “reconstrutivo”.

Pero el pensar logotectónico también es una erección de construcciones, esto es, de relaciones “lógicas” o de *rationes*, cuyos sillares son la norma [*Maßgabe*], la cosa [*Sache*] y el pensar [*Denken*]. Términos que se vuelven determinados en cada posición filosófica y que son a su vez edificados como una relación lógica mediante categorías o *λόγοι*. Y ello de tal modo que las *rationes* nacidas de tal edificar no permanecen aisladas, al integrarse en figuras triádicas que son, cada una de por sí, un todo. Estas construcciones, sostenidas por el ritmo bien trabado de sus momentos, se

mantienen inmóviles y con parmenídea estabilidad en un presente que no es sino el de la *θεωρία*.

El habitar, pensado por Heidegger desde el lenguaje, es un cuidar o un respetar (*Schonen*), cosa que sólo ocurre “cuando dejamos ya de antemano a algo en su ser, cuando amparamos algo expresamente devolviéndolo a su ser <...>, cuando lo cercamos (*einfrieden*).¹⁷ Habitar, haber sido llevado a una situación de paz, significa: permanecer, cercado, en lo *Frye*, esto es, en lo libre, que preserva cada cosa en su ser.” (143; GA 141).

La Logotectónica ha transformado cada elemento de este pensamiento y de este modo ha sabido *apropiárselo*. También ella conoce el “cuidar” como un *dejar*, al dejar que la Metafísica *sea*; la ha dejado ser, liberándola en su propio ser, en lugar de perseverar en la representación que hace de ella una historia cuyo despliegue resulta ser, bajo la hegemonía del “sistema” (*Gestell*), un “olvido creciente del ser”. Al quedar encomendada a su propia mismidad se muestra como la unidad diferenciada de sus tres Épocas. Pero si dejamos algo “en su propio ser, cuando de intento volvemos a rescatar(lo), <...> a cercarlo en su propio ser” (ibíd.), no otra cosa es lo realizado por cada *ratio* logotectónica. Estas rescatan o “salvan” lo pensado en la medida en que, al prescindir de su inmediatez histórica, lo presenta como *condensado* en sus determinaciones fundamentales y sólo por tal razón como algo digno de ser pensado. Sólo mediante el cercar, esto es, sólo mediante el edificar, lo pensado se vuelve una “fábrica” (*Bau*), en la acepción de “invención o artefacto articulado de algo no material” y, por ello mismo, un lugar (*τόπος*), un sitio hasta entonces inexistente, inteligible en razón de su articulación topológica.¹⁸ Y cuando Heidegger, atento al decir del lenguaje, vincula “cercar” (*einfrieden*) con “paz” (*Friede*), el pensamiento logotectónico, por su parte, muestra cómo mediante su edificar se alcanza aquella “*pax omnium rerum*” que Agustín define como la “paz del orden” (“*tranquillitas ordinis*”, *De civ. Dei* XIX 13, 1).

Pero en un punto capital el pensar logotectónico va más allá de la mera transformación, porque el *cuidar* pensado por Heidegger en el horizonte del lenguaje es ajeno al juicio y, por ello mismo, a la razón. Es así como puede sostener, sin la debida determinación, que el auténtico cuidar sólo ocurre “cuando dejamos *algo* de intento en su ser etc.” O bien: “Habitar ... significa: permanecer cercado ... en lo libre, que cuida *cada cosa* en su ser” (subrayados nuestros). ¿Qué es, de manera más precisa, lo men-

17. Este verbo, que significa, “cercar con un vallado, circundar, rodear (de un muro)” es entendido por Heidegger en sentido etimológico y así destaca en él la palabra “*Friede*”, que significa “paz”, como se ve por lo que sigue.

18. “Un contenido posee justificación sólo en cuanto momento de un todo” (Hegel, *Enc.* § 14). Ya antes Fichte había comprendido que “cada singular es posible sólo en su vínculo con todos” (Primera Introducción a la Doctrina de la ciencia, # 7, in fine).

tado por el pronombre “algo”, por el giro “cada cosa”? Si el cuidar merece aprobación, también habría que comprender por qué motivo “algo” – ¿qué clase de algo? – debería ser cuidado. ¿Hay aquí alguna norma vinculante (Bestimmung)? Heidegger calla.

El edificar logotectónico, en cambio, bien conoce una norma del cuidar, porque lo pensado es incorporado a lo edificado sólo en la medida en que resulta indispensable para la constitución del todo. El cuidar, en el sentido de la Logotectónica, mira únicamente por aquello que introduce una diferencia decisiva respecto de lo ya hecho.

El habitar mundanal de los mortales, cuyo rasgo fundamental es el cuidar, permanece referido al Cuadrante de tierra y cielo, divinos y mortales. El cuadrante constituye el todo de cuanto se ha de cuidar. La Logotectónica también tiene ante sí, por lo que atañe al *cuidar*, un todo; pero uno *no mundanal*, sino forjado por una razón que se diferencia respecto de sí misma, conviene a saber, el todo de la Historia de la Metafísica, el Mundo de la modernidad en sentido singular, y el Lenguaje de la Submodernidad. Tales son las totalidades *amparadas* (“*in die Hut genommen*”, 145; GA 153) por el pensamiento logotectónico.

A partir del significado de la cosa como “reunión”, en la segunda parte de la conferencia, se piensa la relación entre hombre y espacio. Pero este no es para el hombre algo que se le ponga enfrente y “al decir ‘un hombre’ ya se ha nombrado ‘la estadía en el Cuadrante entre las cosas’” (151; GA 159). Lo mismo vale, *mutatis mutandis*, para la transformación logotectónica de este pensamiento y de su mundanidad. Pues si en lugar de decir “un hombre” decimos “un pensamiento”, uno, puesto que determinado y, más aún, considerado en su pureza, entonces también nombramos una estadía, pero no “entre las cosas”, sino entre los *lóγοι*, con los que, sin ser estos un *singulare tantum* ni una pluralidad indeterminada, cabe labrar un edificio, bello en razón de su misma integridad.

El hombre se halla siempre entre las cosas al relacionarse en el mundo incluso con aquellas que no se hallan en su cercanía inmediata. Su pensar es capaz de soportar en sí la lejanía respecto de ellas. Los mortales *son*, esto significa: “habitando soportan ellos espacios por hallarse entre cosas y lugares” (152; GA 159). “La relación del hombre con lugares y, mediante lugares, con espacios descansa en el habitar” (ibíd.).

Siendo ello así, ¿qué ocurre con el comportarse no ya del del hombre ante las cosas, sino del pensar ante lo pensado, ante lo que no se halla a la mano en la proximidad inmediata, ni tampoco, por ende, en el “hoy”? El pensar logotectónico no conoce nada pasado o “de otrora”, ni siquiera nada sido, porque lo pensado con que se vincula es sólo lo edificado por él. En virtud de tal edificar, lo pensado pierde su inmediatez y se introduce en un presente indiviso donde el *habitar* es la obra del pensar, una estadía

perdurable e ininterrumpida entre los λόγοι, relación del propio pensar con respecto a la fábrica triádica de Historia, Mundo y Lenguaje.

Lo mismo que el edificar mundanal, también el pensar logotectónico erige lugares (τόποι) y es así un fundar y un articular, no *espacios*, por cierto (cf. 153; GA 160), pero sí *rationes* que reúnen lo pensado en lo esencial. Si Ezra Pound concibe el poetizar como un *densitare*, tal es también la obra del pensamiento logotectónico. Y si la cosa edificada mundanalmente, el lugar, acoge el Cuadrante siendo su amparo, su casa (ibíd.), ¿no ha de valer esta palabra, *casa*, para denominar el edificio logotectónico, en consonancia con el dicho sapiencial de que la sabiduría, y no ya el hombre, edificó para sí una morada: “aedificavit sibi *domum* sapientia”?

Heidegger se pregunta de dónde *recibe* el edificar el *mandato* en virtud del cual erige lugares. La legitimidad de su respuesta, que reza: “del Cuadrante”, esto es, del todo de cuanto mundanal, es también la del edificar logotectónico, al recibir el mandato correspondiente de la totalidad de *lo pensado*: Historia, Mundo y Lenguaje. Sólo que lo erigido por el edificar mundanal son siempre cosas, nunca el Cuadrante mismo. Este es acogido y amparado por la cosa de que se trata. El pensar logotectónico, en cambio, no erige sólo lugares, sino también el todo que los acoge, para alcanzar así, mediante el edificar, la transparencia de lo “lógico”. Y ello, no con una razón de otrora, tomada en préstamo de alguna posición filosófica del pasado, porque también la Logotectónica es hija de su tiempo en su renovación del Logos.

“Sólo cuando somos capaces de habitar, podemos edificar” (155; GA 162). Esta sentencia, subrayada en la conferencia y repetida textualmente un poco después, también se ve transformada por la Logotectónica de un modo admirable, pues también para ella se trata del *habitar* y, consecuencia, del *cuidar*, bien que en el sentido de la razón y por ende en el de un *reconocer* y no en el de un simple “ser”.

El habitar *sido* fue capaz de edificar. La verdad de esta expresión se ve abonada por la consideración del ser de una finca rústica de la Selva Negra, ejemplo que bien podría provocar la réplica de Glaucón en *La república* (372c) ante la imagen de la “ciudad sana” forjada por Sócrates. Pero tan pronto como nuestra atención se vuelve no hacia una cosa *mundanal*, sino hacia algo ya edificado otrora *por el pensar y para él*, un tratado de Aristóteles verbigracia, entonces la Logotectónica muestra cómo ello también se refiere a un habitar, a un cuidar *sido*, en cuanto la filo-Sofía ampara en cada una de sus Épocas un saber dado de antemano acerca del destino del hombre, el don de una *Sofía*, mediante una lógica adecuada.

“Pero el habitar es *el rasgo fundamental* del ser, según el cual los mortales son” (155; GA 163). En su transformación logotectónica, el habitar es, en cuanto *cuidar*, el rasgo fundamental de la razón misma, la que

en su edificar, como lo supo Kant, procede de manera “arquitectónica”; proceder del que también los mortales pueden aprender el habitar. En el final de la conferencia hay una apelación expresa a la actual penuria en materia de habitar, en la que resuena un *dictum* de la lección *Qué significa pensar*: “Lo más difícil en nuestros tiempos difíciles se muestra en el hecho de que todavía no pensamos” (125; GA 131); debemos comenzar pues por aprender “el pensar”. Ahora nuestra conferencia dice: “La penuria propiamente dicha del habitar consiste en que los mortales <...> *deben comenzar por aprender el habitar.*” (156; GA 163).

El habitar no es entonces algo dado de manera inmediata, como tampoco el pensar y el edificar lo son. En el pensar vuelto hacia el “carecer de patria” anida la única palabra de aliento “que *llama* a los mortales al habitar” (156; GA 164). ¿Basta con este llamar para aprender el habitar? ¿De qué aprender se habla aquí? Heidegger calla. Sabemos, sin embargo, que su meditación apunta de manera imperturbable hacia un futuro ajeno a toda arbitrariedad humana: el futuro del otro comienzo, el del Cuadrante.

Pero, ¿qué ocurriría si no hubiese ya un futuro semejante? *No future!* Con este lema se despidió la Submodernidad de los proyectos mundanales de la razón apocalíptica; proyectos referidos al *poder* de la sociedad comunista, a la *voluntad* de los futuros amos de la tierra, al *pensar* de los mortales. *Hic Rhodus, hic salta*, porque no se trata del futuro, sino del presente. ¿Cómo recuperarlo a partir de la hegemonía submoderna del “hoy”? ¿De qué modo hay que aprender el habitar? El pensar logotectónico ha inaugurado una posibilidad decisiva gracias al giro hacia lo consumado, que posee siempre, en cuanto tal, el carácter de un todo.

Todo aprender y todo conocimiento racional, enseña Aristóteles en el comienzo de los *Segundos Analíticos*, parte de un conocimiento previo (προϋπαρχούσα γνώσις), que no cabe inventar, sino que pide ser hallado. El permanecer atento al don de lo pensado en sentido epocal, no el estar presente de lo meramente presente, introduce la diferencia decisiva. El giro hacia *lo no dicho* [*das Ungesagte*], reclamado por la meditación heideggeriana, chocó contra algo indeterminado: el ser mismo, que trajo consigo la afirmación del misterio. La búsqueda contemporánea de *lo consumado* [*das Vollbrachte*] reclamó otro giro, no hacia *lo no dicho* [*das Ungesagte*], en vista del resultado de la experiencia anterior, sino hacia *lo dicho* [*das Gesagte*], que no tolera confusión alguna con *lo hablado* [*das Gesprochene*], porque esto último se deja disolver en el juego del lenguaje, mientras que *lo dicho* remite siempre a un “qué” que lo precede. El giro hacia *lo dicho* se volvió así un giro hacia *lo sabido* por las configuraciones occidentales de la *Sofía*, que, con anterioridad a toda filosofía, amonesta sin desmayo al hombre a diferenciarse respecto de sí mismo. La *Sofía* se da a conocer de

manera epocal mediante la palabra del Saber de las Musas, la del Saber Cristiano y la del Saber Civil acerca de la libertad y del deber.

La respuesta a la pregunta por el “de dónde” del mandato que mueve al edificar a erigir lugares se reduce a señalar hacia el Cuadrante. Pero ¿de dónde recibe el mandato la meditación íntegra de Heidegger, el pensar cuya cosa propia es “el Ser”? Esta pregunta, que en el postfacio a la conferencia de “La cosa” (*Conferencias y artículos*) permanece en suspenso, recibe una respuesta tácita en “Edificar, habitar, pensar”, con la sentencia acerca del “señor” o del “amo” del hombre, porque ella enseña que el mandato sólo puede proceder del Lenguaje, esto es, de la esencia del Lenguaje.¹⁹

La transformación logotectónica de estos momentos de la meditación heideggeriana muestra cómo un pensamiento atento al *reconocimiento* de lo ya consumado por el pensar recibe su mandato no del Lenguaje, sino de la palabra histórica de la *Sofía*, conviene a saber, del Logos que ha sido primero el de Homero, en el comienzo, luego el de la Revelación Cristiana y finalmente el del pensar “liberal” de la Época Última. De allí ha surgido la posibilidad superior de poder aprender, más acá de la meditación heideggeriana, no cómo los mortales “llevan el habitar a la plenitud de su esencia” (156; GA 164), sino cómo el pensar mismo cumple su destinación en la medida en que, habiendo sido llevado hasta el camino de los *lóγοι* que nos fueron dados de antemano, piensa y edifica en la belleza de un presente indiviso y sólo de ese modo habita cabe sí mismo.²⁰

Hagen, Westfalia, 7.3.2013

19. En aquel mismo postfacio señala Heidegger que a nadie se le ocurriría preguntar de dónde recibe Platón el mandato para pensar el ser como *ἰδέα*, de dónde Kant el suyo para pensar el ser <...> como “posición”. Y añade: “Pero acaso se pueda obtener un día la respuesta a estas preguntas precisamente de *aquellos intentos del pensar que, como los míos, provoquen la impresión de una arbitrariedad sin ley*” (subr. nuestro). Precisamente esto es lo que ha sucedido más acá de Heidegger. La Logotectónica bien podría provocar tal *impresión* y sólo ella, sin embargo, ha sabido responder las preguntas mentadas al descubrir las figuras sapienciales como fundamento de la tradición filosófica occidental.

20. Si la transformación de un pensamiento no es un fenómeno infrecuente, la salvaguarda de las diferencias epocales por parte del pensar logotectónico, al invalidar la representación sólita de la historia filosófica como una tradición uniforme de cuño “platónico” o “logocéntrico” nos libra del juego irresponsable de las asociaciones librescas, siempre a la orden del día para entender una idea, una doctrina, como la transformación de otra. La transformación logotectónica de “Edificar, habitar, pensar”, permite ver de qué modo es posible, ante un pen-

Referencias bibliográficas

- Boeder, H., (1959), “Der frühgriechische Wortgebrauch von *Logos* und *Aletheia*” in: *Archiv für Begriffsgeschichte* 4 (1959), 82-112; más tarde incorporado en volumen del mismo autor titulado *Das Bauzeug der Geschichte* (1994), pp. 1-30.
- , “Weshalb, Sein des Seienden?” in: *Philosophisches Jahrbuch im Auftrag der Görres-Gesellschaft* 78 (1971), 111-133; más tarde incorporado en *Das Bauzeug der Geschichte* (1994), pp. 19-43.
- , “Was vollbringt die Erste Philosophie?” [¿Qué consuma la filosofía primera?]. *Mitteilungen der Technischen Universität Braunschweig* VII, n° 3 (1973), pp. 3-10.
- , „Das Verschiedene im ‚anderen Anfang‘“, in: Ute Guzzoni, Bernhard Rang und Ludwig Siep (Hgg.), *Der Idealismus und seine Gegenwart. Festschrift für Werner Marx zum 65. Geburtstag*, Hamburgo 1976, pp. 3-35.
- , *Topologie der Metaphysik*, Friburgo/Múnich 1980
- , *Das Vernunft-Gefüge der Moderne*, Friburgo/Múnich 1988.
- , *Das Bauzeug der Geschichte. Aufsätze und Vorträge zur griechischen und mittelalterlichen Philosophie*, Hg. Gerald Meier, Wurzburg 1994.
- , *Seditions. Heidegger and the Limit of Modernity*. Translated, edited and with an introduction by Marcus Brainard, Albany/New York 1997.
- , *Die Installationen der Submoderne. Zur Tektonik der heutigen Philosophie*. Wurzburg 2006 (Orbis Phaenomenologicus, Studien 15).
- Hegel, G. W. F., *Werke in zwanzig Bänden*, Redaktion E. Moldenhauer und K. M. Michel, Frankfurt/M.
- Heidegger, M., *Vorträge und Aufsätze*, Pfullingen ⁴1978; GA 7
- , *Sein und Zeit*, Tubinga ¹⁵1984
- Kluge, Fr., *Etymologisches Wörterbuch der deutschen Sprache*, bearbeitet von Elmar Seebold, 23. erweiterte Auflage, De Gruyter, Berlin / New York 1995.

samiento como el Heidegger, evitar por igual la glosa del epígono y la crítica antagónica. El pensar logotectónico no obedece al propósito de “ampliar” o de “elaborar” algún “aspecto” de la meditación heideggeriana. Surge, por el contrario, de ella misma con la fuerza originaria de un *novum*. Pero no para impugnar lo anterior o para pretender desbancarlo, sino para ejercitar ante ello la ἐποχή, la contención del parecer inmediato y de la vista nublada. Sólo así a la meditación heideggeriana se la “deja ser” [*sein lassen*] y se la reconoce en su libertad mediante la *ratio* correspondiente.